

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Beatrix Potter

O Conto de Jemima Pato



Es encantador ver a una cría de patitos con una gallina.

Permíteme contarte la historia de Jemima Puddle-duck, quien estaba enfadada porque la esposa del granjero no le permitía incubar sus propios huevos.



Su cuñada, la señora Rebecca Puddle-duck, estaba dispuesta a dejar que alguien más se encargara de la incubación. "No tengo paciencia para sentarme en un nido durante veintiocho días, y tú tampoco la tienes, Jemima. Dejarías que se enfríen; ¿sabes que lo harías!".

"Pero quiero incubar mis propios huevos; los incubaré yo sola", graznó Jemima Puddle-duck.



Intentó esconder sus huevos, pero siempre los encontraban y se los llevaban.

Jemima Puddle-duck se desesperó. Decidió hacer un nido lejos de la granja.



En una hermosa tarde de primavera, emprendió el camino que conducía a la colina.

Llevaba un chal y una cofia.



Cuando llegó a la cima de la colina, divisó un bosque a lo lejos.

Le pareció un lugar tranquilo y seguro.



Jemima Puddle-duck no estaba acostumbrada a volar. Corrió cuesta abajo unos metros agitando el chal y luego se lanzó al aire.



Una vez en vuelo, se desenvolvió muy bien.

Pasó rozando las copas de los árboles hasta que vio un claro en medio del bosque, donde los árboles y la maleza habían sido despejados.



Jemima aterrizó con cierta torpeza y comenzó a buscar un nido seco. Un tronco de árbol entre unos altos helechos le pareció apropiado. Pero, al sentarse en el tocón, se sobresaltó al encontrar a un caballero elegantemente vestido que leía un periódico. Tenía orejas puntiagudas negras y bigotes de color arena. "¿Quack?", dijo Jemima Puddle-duck, con la cabeza y el sombrerito a un lado. "¿Quack?".



El caballero levantó los ojos por encima de su periódico y miró con curiosidad a Jemima.

"Señora, ¿se ha perdido?", dijo él. Tenía una larga y tupida cola sobre la que estaba sentado, pues el tocón estaba algo húmedo.

Jemima lo consideró muy cortés y apuesto. Le explicó que no se había perdido, sino que trataba de encontrar un nido seco.



"El caballero de los bigotes arenosos miró con curiosidad a Jemima. Dobló el periódico y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Jemima se quejó de la gallina innecesaria.

"¡Claro! ¡Qué interesante! Ojalá pudiera encontrarme con esa ave. Le enseñaría a meterse en sus asuntos".



"Pero en cuanto a un nido, no hay dificultad: Tengo un saco lleno de plumas en mi leñera. No, mi querida señora, no estorbará a nadie. Puede sentarse allí todo el tiempo que quiera", dijo el caballero de tupida cola larga.

Nos condujo a una casa muy retirada, de aspecto lúgubre, entre guantes de zorro.

Estaba construida con troncos y turba, y había dos cubos rotos, uno encima del otro, a modo de chimenea.



"Esta es mi residencia de verano; mi casa de invierno no le resultará tan cómoda", dijo el hospitalario caballero.

En la parte trasera de la casa había un cobertizo destartado, hecho de viejas cajas de jabón. El caballero abrió la puerta e hizo pasar a Jemima.



El cobertizo estaba casi lleno de plumas; era casi sofocante; pero era cómodo y muy suave.

A Jemima le sorprendió encontrar semejante cantidad de plumas. Pero era muy cómodo, y ella hizo un nido sin ningún problema.



Cuando salió, el caballero de bigotes arenosos estaba sentado en un tronco leyendo el periódico; al menos lo tenía extendido, pero miraba por encima de él. Fue tan cortés que casi pareció arrepentirse de dejar que Jemima se fuera a casa a pasar la noche. Prometió cuidar mucho de su nido hasta que volviera al día siguiente.

Decía que le encantaban los huevos y los patitos; que estaría orgulloso de ver un buen nido en su leñera.



Jemima Puddle-duck venía todas las tardes; puso nueve huevos en el nido. Eran de color blanco verdoso y muy grandes. El señor zorro los admiraba inmensamente. Solía darles la vuelta y contarlos cuando Jemima no estaba. Por fin, Jemima le dijo que tenía intención de empezar a sentar cabeza al día siguiente, "y llevaré una bolsa de maíz conmigo, para no tener que abandonar el nido hasta que los huevos hayan salido del cascarón. Podrían resfriarse", dijo la concienzuda Jemima.



"Señora, le ruego que no se moleste con una bolsa; yo le proporcionaré avena. Pero antes de que empiece su tediosa sesión, tengo la intención de darle un capricho. ¡Tengamos una cena para nosotros solos!" ¿Puedo pedirte que traigas algunas hierbas del huerto de la granja para hacer una tortilla salada? Salvia, tomillo, menta, dos cebollas y un poco de perejil. Le traeré manteca de cerdo para la tortilla -dijo el hospitalario caballero de bigotes arenosos.



Jemima Puddle-duck era una simplona: ni siquiera la mención de la salvia y la cebolla la hizo sospechar.

Recorrió el huerto de la granja, mordisqueando trocitos de los distintos tipos de hierbas que se utilizan para rellenar el pato asado.



Se dirigió a la cocina y sacó dos cebollas de una cesta. El perro collie Kep la recibió al salir: "¿Qué haces con esas cebollas? ¿Adónde vas todas las tardes tú sola, Jemima Puddle-duck?".

Jemima estaba bastante asombrada del collie; le contó toda la historia. El collie escuchó, con su sabia cabeza a un lado; sonrió cuando ella describió al educado caballero de bigotes arenosos.



Hizo varias preguntas sobre la madera y sobre la posición exacta de la casa y el cobertizo.

Luego salió y trotó por el pueblo. Fue a buscar a dos cachorros de perro zorro que habían salido a pasear con el carnicero.



Jemima Puddle-duck subió por última vez al camino de carro, en una tarde soleada. Iba bastante cargada con manojos de hierbas y dos cebollas en una bolsa.

Sobrevoló el bosque y se posó frente a la casa del caballero de tupida cola larga.



Estaba sentado en un tronco; olfateaba el aire y no dejaba de mirar inquieto alrededor del bosque. Cuando Jemima se apeó, dio un respingo. "Entra en casa en cuanto hayas mirado los huevos. Dame las hierbas para la tortilla. ¡Atentos!" Era bastante brusco. Jemima Puddle-duck nunca le había oído hablar así. Se sintió sorprendida e incómoda.



Mientras estaba dentro, oyó ruido de pies en la parte trasera del cobertizo. Alguien con la nariz negra olfateó la parte inferior de la puerta y luego la cerró.

Jemima se alarmó mucho.



Un momento después se oyeron ruidos espantosos: ladridos, aullidos, gruñidos y aullidos, chillidos y gemidos. Y no se volvió a ver nada más de aquel caballero de bigotes zorrunos.

Kep abrió la puerta del cobertizo y dejó salir a Jemima Puddle-duck.



Por desgracia, los cachorros se abalanzaron sobre él y engulleron todos los huevos antes de que pudiera detenerlos.

Tenía un mordisco en la oreja y los dos cachorros cojeaban.



Jemima Puddle-duck fue acompañada a casa llorando a causa de esos huevos.



En junio puso algunas más y se le permitió conservarlas, pero sólo nacieron cuatro.

Jemima Puddle-duck dijo que se debía a sus nervios; pero siempre había sido una mala niñera.

